

El caballo de cartón

por Juan Farias

Jeremías, en la memoria, tenía un caballo de cartón. Se lo habían regalado de niño, a los seis años, para que jugase a ser la estatua de un héroe en mitad de la plaza, o su propio padre, a la carga al frente de mil hombres, en una batalla que debía terminar pavoneándose sobre el apellido de todos los primogénitos, generación tras generación.

Jeremías cuidaba el caballo y lo hacía con cariño.

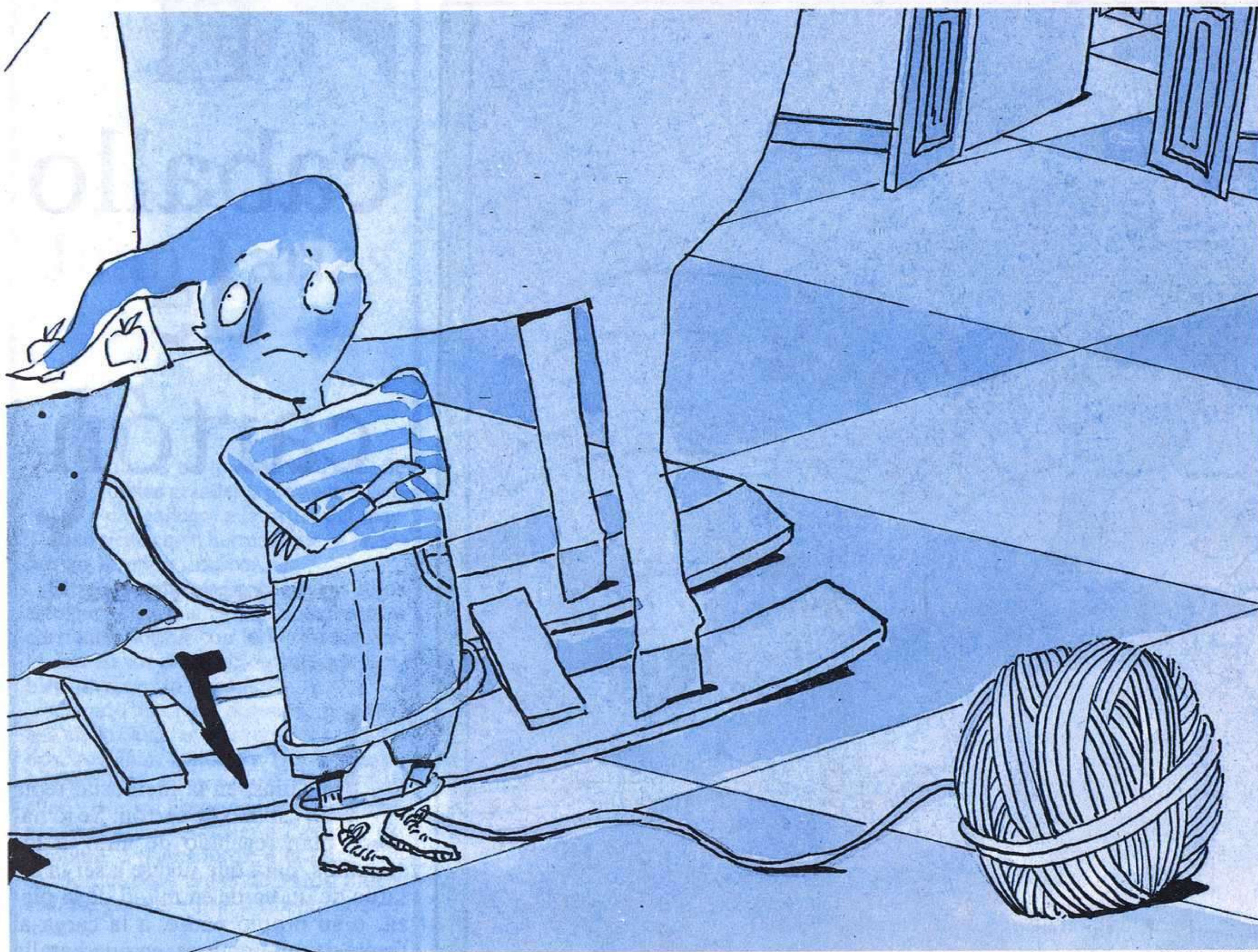
Jeremías nunca pudo olvidarse de aquel primer instante cuando, al deshacer el nudo de papel pardo que cubría el regalo, vino a tropezarse con los enormes ojos de cristal verdadero, brillantes en la luz celada por los visillos que coqueteaban las ventanas en el dormitorio de sus padres.

El primer galope fue acompañado por la alegría de su madre que preguntaba una y otra vez;

«¿Te gusta, hijo?. ¿Eres feliz?».

Jeremías, después de dos vueltas al-

MONTSE GINESTA



MONTSE GINESTA

rededor de su cuarto, desmontó y el caballo, sin jinete, se balanceaba, adelante, atrás, con un ruido de muelle oxidado, ahora roto, con el cuerpo roto, sin tripas, vacío por dentro, negro por dentro y con ecos.

Esto enfureció a Jeremías que salió corriendo en busca de su hermano Rafael, a decirle que no jugara a los carniceros con su caballo.

Jeremías buscó a su hermano en la cocina, en el baño, debajo de las azulejas, entre los zapatos, en el álbum de fotografías; lo buscó por la historia de su infancia tal y como ahora se la contaba a sus hijos y, en la verda-

dera infancia, se cansó de buscarlo año a año por todos los rincones de la casa, de las casas, de los destinos de su padre; lo buscó en el armario de las cosas inútiles, entre las pipas; buscó durante un infinito segundo con un infinita ansiedad y, cuando ya empezaba a perder la paciencia, lo vino a encontrar escondido dentro de su madre, en la barriga de su madre, haciéndose su propio ombligo.

«Ha roto mi caballo, mamá».

La madre sonrió sin dejar de tejer patuco azul con vivos blancos.

«No pudo ser él, hijo. No nacerá hasta el mes de junio, por San Juan»,

dijo y pensó en voz alta: «Quizá el búho tenga la culpa».

«El asombrado búho que asusta al nene».

«Se divierte destripando ratones y caballitos de cartón».

Y mamá se acariciaba el vientre con la mano abierta y era como si acariciase el mundo redondo o un enorme huevo de avestruz o algo así, y sonreía hacia dentro. Jeremías odió más a su hermano porque se quedaba con la caricia más íntima, con el suspiro más largo y tan joven de mamá cuando aún era rubia, alta, delgada y suave, con olor a manzanas vivas. ■